

FRANCISCO MUÑOZ GUERRERO¹

LA CUESTA DEL AMANECER

*A lo mejor, mismamente, de lo mismo,
siempre llega la novedad.*

João Guimarães Rosa. *Lunas de miel*

A mi hermano Jesús, que fue un hombre bueno.

Su niñez transcurrió entre horas de difícil olvido surgidas de la vorágine de una guerra desgarradora e inútil que rompió vidas y conciencias, vínculos y afectos, sueños e ilusiones, una guerra que, pese a todo, no consiguió fragmentar la pausada y precisa nobleza de su vida, impregnada desde siempre de la modestia y la dignidad que confiere la honradez.

Cada amanecer, desde mucho tiempo atrás, era una apuesta inédita por averiguar lo que el día habría de depararle. Al término, todo seguía como al principio, sin cambios que alentarán una pasajera ruptura. Una y otra vez, casi desde los comienzos de la razón.

¹ ANLE; periodista, escritor y promotor cultural, ha sido Secretario General de la Fundación del Español Urgente-Fundeu. Es autor de varias publicaciones de la Agencia Efe sobre el lenguaje en los medios de comunicación, así como también de los libros de estilo de Red Eléctrica Española y de otras instituciones. Cuenta con varios premios y distinciones. Entre sus obras de creación literaria se destacan *El Bosque del Rey*, *Las colinas del Edén* y la más reciente *Las puertas secretas de Sefarad*. <http://www.anle.us/398/>

No gozó de plazo para elegir, ni hubo opciones entre las que escoger. Así fueron las cosas y poco o nada pudo hacer para cambiarlas. El tiempo y el destino, tantas veces extraviados en medio de afectos ajenos a sus difusas identidades, actuaron sin considerar la posibilidad de que deseara ser niño antes que adulto. No alcanzó a serlo y tuvo que andar sorteando los severos años transcurridos entre la infancia y la madurez, punto en el que se diluyen las más acertadas afinidades de la conducta para acceder a los laberintos de la cordura (o locura) y la prudencia (o insensatez).

En la industria de sus quehaceres alivió el conocimiento adquirido por años de entreverado oficio hasta que, al fin, el saber devino en silenciosa destreza. A partir de entonces, cada amanecer fue un mismo ayer perdido en un callado murmullo de resignación.

Cuando las primeras horas de cada mañana llamaban a la ventana de la alcoba, abría con cuidado los ojos y procuraba convencerse de que el cansancio había huido. Unas veces eran las claras del día las encargadas de despertarlo; otras, la penumbra cansada de los otoños o la negra cabellera de las madrugadas invernales. Unos segundos sentado al borde de la cama eran suficientes para remover los hontañares de su memoria y aceptar que era menester empezar de nuevo. Cada vez ansiaba más eternizar esos segundos. El paso cansino, casi encanecido, lo llevaba hasta el cuarto de baño. Allí, ante el fustigante brillo de una luz indiscreta, comprimía el rostro entre las manos para estar seguro de que seguía siendo el mismo; una primera mirada furtiva al espejo, a veces miedosa, le servía para asegurarse. Inmutable, el espejo le devolvía el gesto perdido.

La vuelta al dormitorio para vestirse era menos dolorosa que el primer camino. Lo hacía despacio, casi como un rito, para no quebrar la fragilidad del sueño de su mujer. Las prendas de trabajo, limpias, dobladas con cuidado la noche anterior y reposadas sobre una silla, buscaban acomodo sobre el cuerpo que empezaba a prepararse para una nueva jornada. Todo ocurría en silencio; hasta la respiración enmudecía.

La quietud de la cocina agigantaba el monótono murmullo del frigorífico. Una taza de café caliente, a menudo acompañada de un poco de pan con mantequilla, mitigaba el abatimiento que arrastra el despertar tras una noche de sueño dictado por la fatiga.

Uno, dos, tres... Conocía los escalones de memoria de tantas veces como los había bajado. Sesenta, en tramos de diez, con un des-

cansillo entre uno y otro. A veces se detenía y se quedaba mirando fijamente hacia arriba, a los que quedaron detrás, sin saber por qué.

El sonido de la puerta de la calle al abrirse le recordó que afuera estaba la auténtica realidad de las cosas, no la que él imaginaba en su castigada fantasía, sino la otra, la que forjan los demás y que de modo tan directo interfiere en nuestras vidas como una presencia colaboradora de lo que se ha convenido en llamar *sino*.

Un sopló frío lo recibió. Delante, la cuesta de todos los amaneceres lo aguardaba con el mismo aire de indiferencia de cada despertar. Sobre las aceras aún quedaban restos del agua de riego de las macetas que la noche anterior chorreó desde los balcones. La humedad del ambiente impidió que se secara. El farol de la primera esquina vertía un impreciso reguero de luz amarillenta que se desordenaba sobre el suelo empedrado.

Empezó a subir despacio, con la mirada fija en ninguna parte. No era necesario. Cada piedra, cada puerta, cada rincón eran para él un mundo tan descubierto que había llegado a convertirse en ignorado. Uno tras otro, los pasos continuaron su ritmo, sin apenas alterarse, ajenos a cuanto sucedía en los dilatados espacios de su pensamiento, ocupado, como cada mañana, con la ilusión larvada de que aconteciera algo nuevo.

La plaza de la iglesia, solitaria a esas horas, lo envolvió en el ambiente perfumado por el aroma del viejo jazmín que cubría la verja del atrio. Era una plaza pequeña, alfombrada con cantos rodados blancos y negros que simulaban un enorme tablero de ajedrez, tendida a los pies de un banco de piedra amarillenta que orillaba el semicírculo de la anteiglesia. Una mirada al borde ondulado del banco le recordó la olvidada costumbre de afilar cuchillos y navajas sobre la arista. Se le antojó que las plazas de los pueblos tenían algo de mundo nuevo; al entrar en ellas se experimenta una suerte de cambio, impulsado quizá por la mudanza del espacio o por el reguero de recuerdos que las inunda. Se detuvo a contemplarla. La pasmosa soledad de la mañana no le restó un átomo de complacencia. Aspiró un poco de aire fresco y levantó la vista al cielo, ganado por la tonalidad solferina que preludiva el despertar del día; o puede que en muda plegaria.

Un “¡Buenos días!” , expresado con la mesura a que obliga el silencio del alba, sonó a sus espaldas. Se volvió para ver de quién se trataba y respondió con el mismo comedimiento. La hora de la vigilia empezaba a dejarse sentir en las calles del pueblo.

Miró el reloj de la torre de la iglesia; aún le quedaba algo de tiempo. Continuó el camino con la misma cadencia tranquila con que solía hacerlo; nunca se lo planteó, pero ese lento errar por las calles no era sino un deseo de alargar un poco más los minutos de libre aislamiento de que disponía antes de sumergirse en el trabajo. Al entrar en la plaza de Armas, a escasos metros de la anterior –en los pueblos, las plazas pugnan por estar próximas las unas a las otras; así se sienten más protegidas– sintió en el rostro un soplo de brisa que le llegó desde la cercana bahía. No podía verla desde donde se encontraba, pero sentía su presencia del mismo modo que se siente la del aire. A pesar del horrible complejo petroquímico instalado en sus orillas en aras de un mal entendido progreso, continuaba siendo una bonita bahía. Consideró lo que pudo haber sido de no existir aquel monstruo de cemento y metal que impregnaba el aire con el sabor áspero de un aliento malsano. “Éste es uno de los muchos monumentos a la estupidez de los hombres”, pensó. No era contrario al desarrollo, pero creía que las cosas deberían hacerse de otra manera y confiaba en que el día de mañana, los que hoy son niños se mostrarían más sensatos y pondrían un poco de orden entre tanto disparate.

El sonido del motor de un coche que subía por la calle del Sol lo distrajo. Se detuvo en la acera. Alguien lo saludó desde dentro del vehículo. Respondió con un gesto de la mano y apresuró el paso. Se había entretenido más de la cuenta. Desde que accedió al puesto de responsable del parque de maquinaria municipal –un tardío reconocimiento a muchos años de dedicación que le suponía más trabajo que otra cosa– se impuso la obligación de llegar el primero al taller; su sentido del deber no le consentía que fuera de otro modo.

En cierta ocasión le oyó decir a alguien –¿o acaso lo había leído en alguna parte?– que el trabajo era una maldición y que la única forma de romperla era trabajando. Entonces no prestó demasiados oídos, pero ahora, a estas alturas de la vida, no estaba demasiado seguro de que aquello no fuese cierto. De serlo, él no había logrado escapar al anatema. Trabajaba desde que era casi un niño; los días que le tocaron vivir por entonces, con las injustas secuelas de la guerra, no habían sido precisamente fáciles. La miseria era lo único que había para re-

partir y, como siempre, una nutrida y fervorosa cohorte de turiferarios hacía profesión de fe y adhesión inquebrantable entre holgados provechos de oscura naturaleza. Los demás, la mayoría, también como siempre, se vieron impelidos a ganarse la vida desde muy temprana edad. A él le tocó estar entre estos últimos. A cada cual, pensaba de vez en cuando con una ironía no exenta de fatalismo, le corresponde un papel; él había asumido el suyo del mejor modo posible, tal vez porque no le quedaba más remedio.

Sopesó por un instante si había merecido la pena tanto esfuerzo. Convino que sí, no tanto por él como por los suyos, aunque todo lo que había sacado en claro, además de poder darles a sus hijos la posibilidad de estudiar y formarse, consistía en un pasado generoso en sacrificios y privaciones y un presente asentado en la modestia de una vida sencilla y sin lujos. Pero todavía le quedaba el futuro, aunque el futuro era otra cosa. Lo esperaba para recuperar parte del descanso que tantos años de entrega le habían hurtado. Ese sería su ajuste de cuentas con el porvenir, si es que antes la vida no lo doblegaba para siempre.

Apartó tan sombríos pensamientos y hurgó en uno de los bolsillos en busca de la llave para abrir el portón de acceso a los talleres. Un inconfundible olor, mezcla de gasolina y grasa, se abrió camino. Fue hasta el interruptor de la luz. El parpadeo de los fluorescentes, que tardaron unos segundos en encenderse, le recordó que era preciso cambiar algunos de los tubos, ya gastados por el uso. Se quitó la zamarra y la dejó en una percha de madera clavada junto a la entrada. Hacía frío dentro. Se lamentó de la imposibilidad de contar con una estufa por el peligro que representaba en un lugar como aquél. Lo único disponible era un marchito calentador eléctrico instalado en el reducto que hacía las veces de despacho, una disminuida dependencia, a medias acristalada, situada en uno de los extremos de la nave, de cuya puerta colgaba un cartel ennegrecido en el que se leía un pretencioso "Oficina". Era el espacio habilitado para entregar y recoger los partes de arreglos de maquinarias y vehículos que un funcionario municipal traía y llevaba a diario. En uno de los mamparos de aquel habitáculo había un almanaque con la coloreada fotografía de un pintoresco bodega en el que, dispuestas sobre el tapete rojo de una rústica mesa, se amontonaban frutas, aves de caza y alguna que otra liebre. Reparó en la fecha: miércoles, 12 de noviembre. Un día anónimo como tantos otros de los que existen en los calendarios.

Las campanadas del reloj de la iglesia llegaron nítidamente para anunciar que eran las siete de la mañana. No se había extinguido el eco del último toque cuando alguien entró. “Buenos días”, dijo el recién llegado.

Respondió al saludo con una sonrisa y un “Buenos días, Manuel”.

Fue a partir de ese instante cuando tomó conciencia de que la jornada daba comienzo una vez más; un nuevo día que, probablemente, sería como los anteriores desde hacía tantos años. No obstante, pensó, no todo había sido frustración en su vida. También había tenido momentos buenos, sin duda. Tenía una familia a la que quería y un trabajo digno que trataba de hacer lo mejor posible. Con eso bastaba por el momento... Hasta que el reloj indicaba que era la hora de concluir la jornada y se percataba de que todo había sido como el día anterior. Entonces se aferraba al leve y continuamente renovado anhelo que le decía: “Tal vez mañana...”. Tal vez. Mientras tanto, el amanecer seguiría viéndolo subir la cuesta con las espaldas cargadas de esperanza.



© *Horas de difícil olvido*. Gerardo Piña-Rosales, 2016.